



Alberto Piris, recogiendo su premio

Subía la cuesta lentamente, al suave sol otoñal, deteniéndose en los puestos de venta de libros que, alineados, se extendían a lo largo de toda la acera. Le atraían sobre todo los saldos, bajo aquéllos rótulos toscamente escritos a mano donde se anunciaba que cualquier libro de cada grupo se vendía por 100 ó 200 pesetas. Admiraba allí Gonzalo Iturriaga la enorme variedad de títulos, de autores y materias, mientras recorría con cierto sentido reverencial todas las casetas de venta, de las que conocía bien sus particularidades.

¡Y pensar que yo todavía no he podido publicar un solo libro, y que a este paso nunca podre hacerlo...! se lamentaba en silencio mientras hojeaba los absurdos ejemplares de tantas ediciones fracasadas que se apilaban sobre los tenderetes, a fin de evaluar instintivamente sus méritos relativos.

Había tenido Iturriaga en su mente, en distintas ocasiones de su vida, dos o tres ensayos literarios - dando cuenta al mundo de sus audaces concepciones sobre lo que él denominaba narrativa total -, una novela y algunos cuentos y narraciones breves. Incluso varios de éstos últimos habían llegado a materializarse sobre el papel, en fajos de cuartillas escritas con apretada caligrafía, que a nadie se había atrevido todavía a mostrar y que dormían en algunas carpetas polvorrientas en los estantes de la habitación alquilada donde residía.

Rebasó el puesto número catorce, donde solía aprovisionarse de aquellos diccionarios especiales que le eran necesarios para algunas de las traducciones de las que muy ajus-

¡PELIGRO! LIBROS

Lema: "Enseñé, no me escucharon..."

Por Alberto Piris Laespada
(Premio de Narraciones feria 1.988)

tadamente vivía y se detuvo algo más arriba, ante un tenderete cuajado de tomos variados que se ofrecían de saldo a precios verdaderamente atractivos. Separó una capa superior, constituida por libros religiosos de los años cincuenta y algunas novelas italianas, dió de lado los inevitables volúmenes de arte, rebajados y con los colores algo corridos, y de repente se encontró hojeando un libro titulado "Relatos breves", cuyos textos le resultaron extrañamente familiares.

Sorprendido, examinó el índice y, ahora ya verdaderamente perplejo, aturrullado y con manos temblorosas, cerró el volumen y leyó en la portada, en gruesas letras negras, el nombre del autor: Gonzalo Iturriaga. No había duda posible: era un libro de Gonzalo Iturriaga y se titulaba "Relatos breves".

Miró estupefacto alrededor. Nadie parecía haber reparado especialmente en él. Intentó calmarse, respiró hondamente, y volvió sus ojos a quel ejemplar que le quemaba las manos. No había duda: allí estaban, límpidamente ordenados en el índice, casi todos los relatos que había imaginado a lo largo de su vida. Incluso aquellos pocos que ya tenía escritos por completo y guardados en las carpetas. En la cubierta, una breve reseña biográfica del autor, donde se ponía en conocimiento del lector que Gonzalo Iturriaga, una selección de cuyos cuentos se publicaba en aquel tomo, era además autor de varios ensayos literarios en torno a su original y valiosa teoría de la "narrativa total". Atónito, leyó que esa primera selección de relatos, cuyo éxito había obligado a una segunda edición, sería en breve seguida por otra de no menos interés y presumible valor literario. Cuando leyó que varias de sus obras habían sido traducidas al francés y al alemán, sintió que sus piernas temblaban incontroladamente.

Dejó el libro en el montón, incapaz ya apenas de sostenerse en pie y sintiendo que todo vacilaba a su alrededor. Se apoyó sobre la tabla del tenderete, sin poder utilizar las

manos para secarse el sudor que le brotaba copioso. Sin saber casi lo que hacía, dió unos pasos torpes en cualquier dirección, con la mirada extraviada. No pudo seguir andando, se apoyó en un árbol próximo y dedicó todas sus facultades a intentar serenarse. Tenía la mente en vacío. Algo giraba vertiginosamente dentro de él.

-¿Se encuentra usted mal?- le abordó solícito el vendedor de un puesto inmediato.

Apenas pudo responder. Poco a poco fue recobrándose. Regresó, todavía vacilante, al tenderete donde había hojeado "su" libro. Llegó a tiempo de ver a un joven barbudo que, con varios libros ya en la mano, tomaba el de "Relatos breves", lo unía a los demás y se dirigía al encargado del puesto.

-¿Cuanto es todo esto?

Un breve cálculo mental del librero, mientras revisaba con gesto rápido los libros adquiridos, precedió a su respuesta:

-Setecientas.

Iturriaga, con la mirada desencajada, se acercó:

-Perdón, ¿me podría dejar ver...?

El librero, cortés, le interrumpió:

-Un momento, por favor, que ahora mismo estoy con usted. Enseguida termino con este caballero. Y se volvió hacia el comprador a quien entregó los libros en una bolsa de plástico.

Dirigiéndose enseguida a Iturriaga, mientras el joven se alejaba, continuó:

-Dígame, señor, ¿en qué puedo servirle?

Alzó las manos, con gesto incontrolado, Iturriaga, balbuceando entrecortadamente y señalando al comprador que se alejaba. Su mirada turbada saltaba alternativamente desde el librero al joven barbudo, mientras de su boca surgían sonidos ininteligibles, hasta que éste último se perdió entre la gente que paseaba entre los puestos. Tartamudeó entonces algunas palabras incoherentes:

-El libro que que... los relatos breves de... de... Ti tiene usted o otro ejemplar del...